

CAPÍTULO 1

El Venerable muere

ANTES DE QUE MO RAN se convirtiese en emperador, el mundo lo trataba como a un perro. Los aldeanos lo llamaban «perro callejero», su primo pequeño se refería a él como «perro de mierda» y su madre adoptiva se llevaba la palma, tildándolo de «hijo de perra».

Cabe destacar que algunas de las metáforas caninas no estaban tan mal. Por ejemplo, sus rollos de una noche, debido a sus gruñidos de plena satisfacción y un atisbo de ira, lo consideraban un pitbull en la cama, y si bien estas enternecedoras palabras se dirigían al alma del hombre, el viril instrumento que tenía entre las piernas y la agresividad con la que lo utilizaba hacían que los ojos de sus amantes se salieran de sus órbitas y, a continuación, fueran por ahí haciendo alarde de sus encuentros. En el mundo del gozo todos sabían que ese tal Mo Weiyu era de apariencia bella pero instrumento

demoledor. Quien lo había catado, gozaba de satisfacción. Quien no, lo deseaba fervientemente.

Pero también hay que decir que esas personas tenían parte de razón: Mo Ran, sin duda, tenía cierto aire de perro tonto que mueve la cola. No sería hasta que se convirtió en emperador del mundo de la cultivación que tales denominaciones desaparecerían como por arte de magia.



Un día, una pequeña secta ignota le regaló un cachorro.

El perro era de tonos blancos y grisáceos, y tenía una marca en forma de llama en la frente. Parecía un lobo, pero era del tamaño de un melón, y tampoco parecía tener muchas luces. Era gordo y rechoncho, pero mostraba aires de grandiosidad y corría por los pabellones enloquecido. En diversas ocasiones intentó alcanzar la tarima de la sala imperial para llegar al trono, pero sus cortas patas le hacían fracasar una y otra vez.

En esos momentos, Mo Ran apreciaba los esfuerzos de su poderosa pero completamente descerebrada bola de pelo y sonreía mientras le regañaba entre dientes. Menudo perro de mierda.

En muy poco tiempo, el cachorro se convirtió en un perro grande, el perro grande se convirtió en un perro viejo y el perro viejo se convirtió en un perro muerto.

Mo Ran abrió los ojos, los volvió a cerrar y pensó en su vida, repleta de momentos de éxtasis y de tragedias, de hazañas y de desgracias. Ya habían transcurrido treinta y dos años.

Estaba solo y cansado de todo. Con el paso de los años había ido perdiendo el interés y cada vez había menos caras familiares a su alrededor. Hasta el perro con la marca de la llama ya no estaba y descansaba en los cielos. Sintió que ya era suficiente. Había llegado la hora.

Peló lentamente la suave y púrpura piel de una uva que descansaba en su bol de fruta. Sus movimientos eran relajados pero hábiles, como los de un rey que en su casa de campo desnuda a una forastera con cierta pereza. Con la yema de los dedos presionó ligeramente la pulpa lustrosa de la uva, que rezumó un exquisito líquido de color púrpura, vibrante como gansos surcando el cielo sobre interminables montañas, como las flores del manzano silvestre¹ entrando en estado de letargo a finales de la primavera. Como la sangre sucia.

Se quedó mirando sus dedos mientras mascaba las uvas y sentía la dulzura en la boca. Al poco, levantó la vista con indolencia.

«Es la hora», pensó. «Es la hora de bajar al infierno».

Mo Ran. Mo Weiyu. El primer monarca del mundo de la cultivación.

No había sido nada fácil llegar adonde estaba. Había requerido no solo de gran habilidad espiritual, sino también del descaro necesario para que no te importen los demás. Antes de que asumiera el poder, las diez grandes sectas del mundo de la cultivación estaban divididas, se desafiaban entre ellas y luchaban por los territorios. Y en aquel tenso contexto, nadie había conseguido implementar

¹ Comúnmente conocidas en Asia como flores *haitang*. (Todas las notas de esta novela son N. de T.).

ningún cambio significativo. Además, los integrantes de las sectas eran personas educadas. Aunque hubiesen deseado otorgarse a sí mismas un título, estarían demasiado preocupadas por cómo los retratarían los cronistas en los anales de la historia.

Pero Mo Ran no era así, porque a Mo Ran le daba todo igual.

Podía hacer cualquier cosa que otras personas no se atrevían a hacer. Bebía el vino más lujoso del mundo y se casó con la mujer más hermosa de la tierra. Inicialmente se concedió el título de Taxian-jun del mundo de la cultivación para, a continuación, convertirse en emperador, cuando todo el mundo estaba a sus pies.

Todos quienes se negaron a arrodillarse ante él perdieron la vida. Durante su época hegemónica, el mundo de la cultivación sufrió años de hambrunas, y la desolación se esparció por el reino, al igual que la sangre. Muchas personas justas murieron y, de la secta Rufeng, una de las diez grandes sectas, no quedaba ya ni rastro. Más adelante, incluso el mentor de Mo Ran no podría escapar de sus garras. Llegó el día en que se libró una batalla entre el maestro y su querido discípulo, en la que Mo Ran salió vencedor y encarceló a su maestro dentro de Palacio. Ya nadie volvió a conocer su paradero.

Los ríos y mares de aguas calmadas y cristalinas pasaron a cubrirse por una neblina tóxica y espesa.

Mo Ran, el perro-emperador, no era la persona más leída ni tampoco le afectaban los tabúes de la sociedad, por lo que, durante sus años de poder, no fueron pocas las situaciones absurdas que vieron la luz, ejemplo evidente de ello fueron los nombres con los que bautizó sus periodos de reinado.

El primer trienio como emperador recibió el nombre de Era Tortuga². Le vino a la mente un día que estaba pescando en un estanque.

Al segundo trienio lo denominó Era Croac, ya que escuchó croar a unas ranas durante el verano y asumió que era una señal divina que no podía ignorarse.

Los sabios del reino pensaban que nada podría superar lo terrible de los nombres de las eras Tortuga y Croac; craso error que subestimaba a Mo Weiyu.

Durante el tercer trienio del reinado de Mo Ran, la población comenzó a movilizarse para enfrentarse a él, ya fueran budistas, taoístas o incluso cultivadores. Las personas justas de los cuatro puntos cardinales no podían seguir tolerando la violencia de Mo Ran y comenzaron a rebelarse, una tras otra. Así que esta vez, después de dedicar medio día de cuidadosa reflexión y tras mucho garabatear, Mo Ran dio con un nombre que sacudiría la tierra y los mares, que haría que tanto dioses como fantasmas se echaran las manos a la cabeza: Abajo las Armas³.

La metáfora era buena. Este inigualable emperador se había esforzado al máximo y había reflexionado con esmero para reflejar el positivo significado de la idea de bajar las armas y poner fin a la guerra. Simplemente creaba un ambiente de lo más incómodo cuando se nombraba en voz alta, sobre todo para las personas

² Además de significar «tortuga», también se utiliza como insulto con los significados equivalentes al español de «cornudo» o «hijo de puta».

³ Se pronuncia igual que una variante vulgar de la palabra «pene». En el contexto de España, equivaldría al uso de la palabra «polla».

que no sabían leer ni escribir y tan solo disponían de la referencia auditiva.

El primer año se llamó Jiba Yuannian, Primer Año de Abajo las Armas. Pero es sorprendente lo parecido que sonaba a «el año de la polla y los huevos».

El segundo año se llamó Segundo Año de la Polla.

El tercero, Tercer Año de la Polla.

Algunas personas maldijeron a puerta cerrada:

—¡Menuda ridiculez! Ya que está, ¡que llame a toda la era «Era de la Polla»! Así cuando conozcas a alguien no hará falta preguntarle cuál es su honorable edad, con indagar sobre la madurez de su polla sería suficiente. Por esta regla de tres, ¡llamemos a un hombre de cien años una polla centenaria!

Después de tres años, por fin llegaría a su fin el agónico nombre de la Era de la Polla. Para entonces, todo el mundo estaba con el corazón en un puño a la espera del nombre de la cuarta era que acuñaría el Venerable, aunque esta vez, Mo Ran ya no tenía la mente puesta en dichos asuntos, pues durante ese año, la crisis en el mundo de la cultivación había terminado de estallar. Después de aguantar durante casi diez años, los justos, héroes y caballeros de todo el reino finalmente unieron fuerzas para formar un majestuoso ejército de un millón de soldados y marcharon al unísono hacia el palacio del emperador Mo Weiyu.

El mundo de la cultivación no necesitaba un emperador. Sobre todo si se trataba de un tirano de tal calaña.

Tras meses de derramamiento de sangre, el Ejército de Los Justos llegó a los pies del Pico Sisheng, el Pico de la vida y la muerte,

lugar de escarpados y peligrosos riscos montañosos envueltos en niebla durante todo el año, situado en la región de Sichuan. En la cumbre se alzaba el grandioso e imponente palacio de Mo Ran.

Era demasiado tarde para echarse atrás. Su última flecha ya estaba tensada en el arco y solo les quedaba disparar. Pero la flecha final también sería la más difícil de lanzar, pues, si bien estaban más cerca que nunca de la victoria, la tropa, antaño unida por el odio hacia un enemigo común, había empezado a dividirse. Cuando el actual emperador fuera derrocado, sería necesario reconstituir el orden, pero nadie estaba dispuesto a tirar de sus propias energías para dar el último golpe, nadie quería ir a la vanguardia, dar el primer paso y adentrarse en la montaña. Tenían miedo de que el despiadado y astuto tirano descendiera raudo del cielo, revelando sus monstruosos y brillantes dientes blancos, y destripara y despedazara a todo aquel que se atreviera a asediarse.

—Mo Weiyu es increíblemente poderoso —dijo alguien con expresión de derrota—. Es un hombre siniestro. Debemos tener precaución o caeremos en su trampa.

Todos los líderes convinieron.

Sin embargo, un joven extremadamente hermoso de elegantes rasgos dio un paso adelante. Llevaba una ligera armadura azul ribeteada con plata, un cinturón con forma de cabeza de león en el centro y una coleta alta sujeta con un elegante broche plateado. La expresión del rostro del joven no era muy amistosa cuando dijo:

—Hemos llegado hasta el pie de la montaña y ahora todos empezáis a lloriquear y no os atrevéis a subir. ¿A qué estáis esperando?

¿A que baje el propio Mo Weiyu a por vosotros? ¡Sois unos cobardes inútiles!

A estas palabras les siguió el alboroto de un grupo de personas a su alrededor:

—Pero ¿qué dice, joven Xue? ¿A qué se refiere con «cobardes»? Los soldados deben realizar su trabajo con cuidado y precaución. ¿Quién se responsabilizará si sucede cualquier cosa? No todos podemos permitirnos ser tan temerarios como usted.

—Ja, es que el joven Xue es el Bendecido y nosotros no somos más que meros pueblerinos —continuaron las burlas—. Si el Bendecido no se puede aguantar las ganas de enfrentarse al Supremo Gobernante del mundo de los mortales y conseguir la victoria, bienvenido sea a subir usted solito. Nosotros nos quedaremos al pie de la montaña y prepararemos un festín para cuando regrese con la cabeza de Mo Weiyu. ¿No es un plan maravilloso?

Aquello era inaceptable. Uno de los viejos monjes budistas de las fuerzas aliadas tuvo que agarrar a Xue Meng, pues el joven estaba listo para defenderse, y le lanzó una mirada de complicidad.

—Joven Xue —dijo con tono conciliador pero persuasivo—. Escuche a este viejo monje. Sé que usted y Mo Weiyu tienen una historia pendiente desde hace mucho tiempo, pero la decisión de entrar a Palacio a la fuerza no debe tomarse a la ligera. Debe pensar en todos nosotros. No se deje llevar por la ira.

El nombre real del criticado joven era Xue Meng. Hacía una década había recibido alabanzas por doquier. De hecho, se referían a él como a un joven prodigio: el Bendecido. Pero las circunstancias habían cambiado y Xue Meng ya no lo tenía todo bajo control.

Ahora tenía que aguantar las burlas y sandeces de esta gente solo para poder encontrarse cara a cara con Mo Ran una vez más.

El rostro de Xue Meng se retorció de ira y sus labios temblaban, pero los mantuvo bajo control y preguntó:

—¿Y hasta cuándo pretendéis esperar?

—Como mínimo tendremos que saber si hay alguna señal de actividad.

—Claro, quizá Mo Weiyu haya puesto trampas.

—Joven Xue, no tenga tanta prisa —añadió el viejo monje que había calmado las aguas hacía un momento—. Hemos llegado al pie de la montaña, así que ahora debemos andarnos con más cuidado. De todas formas, Mo Weiyu se ha quedado atrapado en su palacio, es imposible que baje. Está a punta de ballesta y sin ningún lugar al que huir. ¿Qué necesidad tenemos de actuar de forma impulsiva y apresurada? Somos un grupo numeroso y, entre nuestras filas, contamos con personalidades nobles e ilustres. Si alguien pierde la vida, ¿quién se hará responsable?

Xue Meng estaba furioso:

—¿Responsable? Respóndeme entonces a esto: ¿quién se hace responsable de la muerte de Shizun? ¡Mo Ran tiene encerrado a Shizun desde hace diez años! ¡Una década! Shizun está apenas en la cima de esta montaña, ¿cómo puedes pedirme que espere?

Tan pronto como Xue Meng mencionó a Shizun, aparecieron rastros de vergüenza en los semblantes del grupo. Algunos de ellos miraron a derecha e izquierda y murmuraron entre ellos.

—Hace diez años, Mo Ran se autoproclamó Taxian-jun, pero destruir las 72 ciudades de la secta Rufeng no le pareció suficiente,

quiso aniquilar las otras nueve grandes sectas. Más tarde, cuando Mo Ran se proclamó emperador, planeó mataros a todos y cada uno de vosotros. ¿Y quién impidió que llevara a cabo dichas calamidades? ¿Acaso estaríais vivos y coleando si no fuera porque Shizun arriesgó su vida para protegeros? ¿Acaso estaríais aquí parados diciéndome todo esto?

Tras un silencio, alguien carraspeó y le respondió con voz pacificadora:

—Joven Xue, no se enfade. Con respecto a Chu Wanning... nos sentimos muy culpables y agradecidos al mismo tiempo. Pero, como usted acaba de puntualizar, lleva encarcelado diez años. Si tuviese que haber pasado algo, ya... Bueno. Ha esperado diez años, tampoco hace falta resolverlo en este preciso instante, ¿no?

—¿Cómo que no? ¡Vete al infierno!

—Pero ¿cómo puede maldecirme así? —respondió el hombre, muy sorprendido.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Y pensar que Shizun puso en riesgo su propia vida para salvar a esta gentuza... —Parecía que ya no le salían las palabras y su voz sonaba ahogada—. Sé que él creería que esta conversación es inútil.

Tras este último comentario, Xue Meng giró la cabeza enérgicamente y lloró mientras le temblaban imperceptiblemente los hombros.

—No hemos dicho que no vayamos a salvar a Chu Wanning.

—Exacto. Nadie ha olvidado todo lo que Chu Wanning ha hecho por nosotros. No ha caído en saco roto. Así que, que diga que somos unos ingratos odiosos... Por ahí no paso.